

Flores de baria poesía. Cancionero novohispano del siglo XVI. Pról., ed. crítica e índices de Margarita Peña. México: Fondo de Cultura Económica (Biblioteca Americana), 2004.

Es, para mí, un gusto dar a conocer la reedición de *Flores de baria poesía*, producto de la laboriosa dedicación de Margarita Peña, señalada investigadora de la literatura virreinal y áurea. Su oficio incansable de rescate documental en bibliotecas y archivos nacionales y extranjeros ha dado como resultado tanto la publicación de valiosos materiales que amplían el conocimiento de nuestra historia novohispana, así como la de estudios que abren brecha en el análisis de los textos y las figuras de nuestro pasado. Margarita Peña ciertamente se sitúa en la corriente actual de enmienda y reivindicación de nuestro ayer virreinal. Y es que no fue poca la crítica que por años y años calificó muy negativamente a nuestro mundo de los siglos XVI al XVIII; basten, por ejemplo, unas opiniones que he recopilado sobre la poesía barroca de nuestros antepasados. Para Joaquín García Izcabalceta, historiador y crítico del XIX, lo que hay es “una nube de versistas ilegibles” en completa “depravación del buen gusto”; José María Vigil, alrededor de 1894, dirá que se trata de una “literatura artificial, sin calor, sin trascendencia”; es el “mal” gongorino, “con alteraciones sintácticas que daban a la frase un aspecto oscuro y ridículo”, “enigmático y antiestético, una verdadera caricatura”. Y algo semejante repetirá Francisco Pimentel, en 1903: el gongorismo “enmarañado e insufrible”. Y así seguirá la crítica hasta bien entrado el siglo XX:

“Tamañas prácticas esterilizadoras del ingenio”, producto del gongorismo que fue “propagándose e inficionándolo todo” (Carlos González Peña 1928).

Ridículas manifestaciones “del deplorable mal gusto del periodo” —dirá Irving A. Leonard (1932).

Un conjunto de “acrobatisms literarios saturados de mal gusto y de pedertería” (Francisco Pérez Salazar 1940).

Signos Literarios

La poesía renacentista novohispana recibió, quizá, ataques menos virulentos, pero se la consideraba menor, sin los exquisitos vuelos de algunos notables ingenios de la península Ibérica; para estos críticos era, en síntesis, pobre copia y, además, epígono de la de España, producto de un mundo cuyos “ambientes” estaban “poco acostumbrados a noticias de la Metrópoli” (Luis Conde-Salazar Infiesta).

Estas ideas, entre otras muchas, se vienen abajo gracias al conocimiento del manuscrito que Margarita Peña pone en nuestras manos, al igual que con los datos que la investigadora incorpora en su edición, y que cumplen con una doble virtud: la académica, debida al análisis sustentado, y la ética, que tiene que ver con la valoración —ponderada, justa. Lo que el manuscrito demuestra es que esta tierra nuestra fue tan renacentista (tan humanista, tan italianizante en determinada literatura) como la de la Península. Parte al fin del Imperio, fue un espacio importante de labor cultural: se conocía lo que estaba en boga, se transmitía —como en España— con base oral (no es en balde que la recopilación sea manuscrita, y que haya escasez de otras), y se creaba sin desmerecer.

Este libro nos habla de lo que fuimos, de nuestra identidad compartida tantas veces negada. Son, en la poesía sagrada y secular, semejantes los tópicos, los esquemas, la cultura y el sentir. Sí hay particularidades novohispanas, como hay rasgos individuales en cualquier escritor; pero los creadores de estos pagos no estuvieron al margen, como bichos raros, de una corriente cultural mayor que llamamos Renacimiento. La existencia de un manuscrito como *Flores de baria poesía*, sin importar el lugar de nacimiento de los autores recopilados, demuestra la consolidación, también en la Nueva España, de una estética, de un canon.

Y éste se define como intencionalmente culto: de cuidadísima técnica en donde predomina, obviamente, el endecasílabo, junto con otros “difíciles” metros; con metáforas audaces, en ritmos graves más armonías sosegadas. Y la espiritualidad, y el amor... Éste, como todos sabemos, es de corte petrarquista, lo que implica influjo del neoplatonismo renacentista: el ser amado es medio exquisito para la trascendencia; una forma, por tanto, de conocer la Suma Belleza; espejo de Dios que a Él nos conduce.

Otra bondad del libro es, sin duda, que resucita antiguas voces; muchas de las cuales son desconocidas o han sido olvidadas por el receptor común. Y lo que se observa es la calidad que privó en ese “segundo” Renacimiento,

que ciertamente no sólo se ilustra por los nombres reconocidos. Y es que el manuscrito que edita Peña contiene una de las más grandes muestras de la poesía renacentista de alrededor de mediados del siglo XVI hasta 1577, que es el año en que se cierra la compilación; en América, ciertamente, no hay otra antología poética que se le compare. Incluye a los poetas más connotados, como Gutierre de Cetina —a la cabeza—, Diego Hurtado de Mendoza, Hernando de Acuña, Pedro de Guzmán y Jerónimo de Urrea, de la “Generación de Boscán”. Y otros posteriores, entre los que destacan Juan de la Cueva (el segundo, en cuanto al número de poesías incluidas) o Fernando de Herrera, así como muchos que entran, en su mayoría, en la llamada “Escuela Sevillana”.

Debo insistir, por otra parte, en la importancia que tiene esta reedición para la difusión y estudio de la poesía áurea. También, reconocer el trabajo realizado por la editora, quien con paciencia de relojero ha documentado autores, lanzado hipótesis, realizado atribuciones, documentado amistades, tejido complejas redes de relaciones entre los autores y también entre textos. Ha escrito, pues, una informada introducción crítica y llevado a cabo una cuidada labor ecdótica que nos da un material depurado, con notas, índices de autores con composiciones, y de primeros versos, más una copiosa bibliografía y un conjunto de estudios —posteriores a la primera edición de *Flores de baria poesía*— que reúne en el “Apéndice”. Hay que agradecerle, finalmente, que dio a la luz un manuscrito que se hallaba en la oscuridad para el gran público, y lo resguardó para la posteridad, pues informa el estado deturpado en que se encuentra, debido a lamentables condiciones que se dieron para su conservación.

Finalmente, de manera, breve subrayo que *Flores de baria poesía* resulta un libro de enorme valor. Primero, por la extensión del *corpus*, que es muestra clara del gusto literario que privó en buena parte del XVI. Segundo, porque nos permite conocer y teorizar sobre el ambiente literario tanto español como novohispano. Y tercero, porque posibilita la elaboración de muchísimos y muy variados estudios; por ejemplo, que tengan que ver con formulaciones que precisen la historia de la recepción, o bien, que aborden el tema de la transmisión literaria a partir de variantes, o trabajos que incidan en la visión general de un estética o una forma literaria o un tema, etcétera. También mucho sirve para el acercamiento

Signos Literarios

autorial individualizado, o para investigaciones lingüísticas —como el seseo, según uno realizado tiempo ha por Lapesa. Para todos éstos, además, se cuenta con el apoyo expositivo de Margarita Peña, quien resuelve numerosos problemas o da luces para una discusión informada. A ella le debemos datos puntuales, sugerencias inteligentes, previos planteamientos de problemas, etcétera, y siempre con el sustento académico requerido, esto es, que se parte de los textos mismos, del manuscrito en sí, y se encuentra apoyo en documentación coetánea y especializada.

“Han pasado los siglos —dice José Emilio Pacheco en la conclusión de un poema que nos habla de los sonetos barrocos novohispanos— y alimentan [los sonetos] una ciega sección de manuscritos”. Por fortuna, esta idea ya no es del todo cierta: Cada vez son menos las obras novohispanas que se esconden en archivos y bibliotecas. Los mexicanos recuperamos, y ya con sensatez, nuestra herencia, que es una forma de reconocernos y aceptarnos; de enriquecer nuestra identidad. Permítaseme, pues, expresar un reconocimiento por la reedición de este libro imprescindible, que es valiosa prueba de la riqueza cultural que hubo en la Nueva España. En resumen, el manuscrito *Flores de baria poesía* sigue dando frutos en esta tierra que lo vio nacer.

Lillian von der Walde Moheno

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa
D. R. © Lillian von der Walde, D. F., enero–junio, 2006.